

Capítulo XXIV

Estabamos en el octavo día de mi avería en el desierto y había escuchado su historia bebiendo la última gota de mi provisión de agua.

- ¡Ah! - al principito-. Tus recuerdos son bien lindos, pero no he reparado mi avión, no tengo nada para beber y yo también sería feliz si pudiera caminar muy suavemente hacia una fuente.
- Mi amigo el zorro...- me
- Mi pequeño hombrecito, ¡ya no se trata más del zorro!
- ¿Por qué?
- Porque vamos a morir de sed...

No comprendió mi razonamiento y respondió:

- Es bueno haber tenido un amigo, aún si vamos a morir. Yo estoy contento de haber tenido a un amigo zorro...

“No mide el peligro - me - Jamás tiene sed. Un poco de sol le basta...”

Pero me miró y respondió mi pensamiento:

- Tengo sed también ... Busquemos un pozo...

Tuve un gesto de cansancio. Es absurdo buscar un pozo, al azar, en la inmensidad del desierto. Sin embargo, nos pusimos en marcha.

Cuando habíamos caminado horas en silencio, cayó la noche y las estrellas comenzaron a brillar. (...) Estaba fatigado. Se sentó. Me senté cerca de él. Y , después de un silencio : - Las estrellas son bellas, por una flor que no se ve.... “seguramente” .

- El desierto es bello - agregó- lo que embellece al desierto es que esconde un pozo en cualquier parte.
- Si - al principito - ya se trate de una casa de las estrellas o del desierto, lo que los embellece es invisible.
- Me gusta que estés de acuerdo con mi zorro - -

Como el principito se durmió lo tomé en mis brazos y volví a ponerme en camino. (...) Caminando así, descubrí el pozo al amanecer.